

LIBROS

El nacionalismo vasco, versión Stanley Payne

En pleno paréntesis estival, Dopesa ha publicado *El nacionalismo vasco. De sus orígenes a la ETA*, del historiador norteamericano Stanley G. Payne. Libro de comentario obligado por tratarse del primer estudio global sobre el tema desde el publicado por Maximiano García Venero, en 1945, y ante la audiencia conseguida por el profesor de Wisconsin a partir de su juvenil *Falange. A History of Spanish Fascism*, síntesis hoy algo anticuada que, a pesar de su moderación, permanece fuera de los estantes de nuestras librerías.

En *El nacionalismo vasco*, Payne prolonga en tono menor los rasgos de una obra en declive a partir de su *Politics and Military in Modern Spain*. Según ya apuntamos al comentar en 1972 su libro *La revolución española*, el buen ritmo narrativo y la puesta en juego de una abundante bibliografía permiten a Payne encubrir la simplicidad de las hipótesis de partida, la falta de cualquier análisis desde criterios de historia económica, ciencia política o sociología del conocimiento, e incluso los frecuentes vacíos de investigación. Quere mos decir que si Payne tropezaba con un análisis económico del tipo de los realizados por Bricall y Malefakis para *La revolución española*, o distintos estudios de historia de la población y sociología electoral en este caso, los inscribe en su relato sin verse por ello obligado a reconstruir series o efectuar calas de investigación paralelas por su cuenta. En cuanto a la relación entre bibliografía y fuentes directas,



Sabino Arana y Goiri.

el capítulo sobre Sabino Arana en *El nacionalismo vasco* puede servir de modelo: para conocer el giro final «españolista» de Arana en 1902-3, la fuente es, con García Venero, un artículo de Arelliza publicado en 1965 en una revista vizcaína, cuando el órgano nacionalista del momento, el semanario *Patria*, no ofrece dificultad de localización. De forma análoga, los análisis ideológicos se degradan hasta un nivel estrictamente descriptivo, con lo que los eventuales puntos de conflicto para la explicación propuesta son redondeados o eludidos. Así sucede con los planteamientos de Sabino Arana respecto al movimiento obrero, las relaciones nacionalismo-socialismo, los cambios doctrinales experimentados por el PNV, para culminar en la polémica de guerra entre Gomá y Aguirre, donde la versión que Payne ofrece de los textos del primero puede ser un modelo de cómo se edulcora un referente. Alguna vez, la búsqueda del «juste milieu» le lleva a descripciones tan increíbles como la de los «aberrianos» de 1920 —partidarios de la ortodoxia del lema «Jaukoikia eta Lagi Zarrak», que, según nos dice Payne, eran «sólo a medias anticlericales».

En todo caso, cabe distinguir en el libro dos sectores claramente diferenciados. A partir del capítulo quinto, es decir, para el período

posterior a 1930, Payne ha consultado con más asiduidad la prensa nacionalista, así como fuentes de difícil acceso al investigador, como el Servicio de Documentación de Salamanca, por lo que la lectura ofrece datos de interés, particularmente para los meses de guerra. Aquí sí cabría hablar de *El nacionalismo vasco* como una buena introducción al tema. Pero sobre la República, su narración apenas desborda el cuadro de las peripecias relativas al Estatuto: la Asamblea de Tolosa de 1933, en que el partido cambia su organización, las tensiones internas derivadas de la composición interclasista del nacionalismo, la relación con el sector nacionalista democrático (Acción Nacionalista) faltan por completo, así como todo análisis de los cambios económicos e ideológicos en el período. Sobre la historia sindical, de cierto relieve por el auge solidario entre los años 1930 y 1936, la fase Solidaridad de Obreros Vascos (hasta 1933) es prácticamente ignorada, incluso en cuanto denominación, lo mismo que el significado y la actuación de la Solidaridad de Trabajadores Vascos a partir del Congreso de Vitoria, en 1933.

Antes de 1930 el balance es aún más desfavorable. Supuesto que sin un esfuerzo excesivo se encuentran en Madrid y en el País Vasco diversas colecciones

del diario *Euzkadi*, órgano nacionalista entre 1913 y 1937, se justifica mal que Payne redacte una historia del nacionalismo vasco con una consulta fragmentaria de aquél. Especialmente, esta omisión hace que apenas se ocupe del período crítico 1914-23, en que el nacionalismo se configura como potencia electoral de primer orden en Vizcaya y queda al descubierto la conflictividad inherente a su base social. Para los años anteriores, no menos importantes, por desarrollarse en ellos la pugna entre sabinianos y «euskalerríacos», sobre la organización y sentido político del naciente partido, que se hace entonces, el vacío es absoluto. El personaje de Sabino Arana, aislado y descrito más que analizado en su ideología, actúa de mascarón de proa de la problemática, apenas de entrevista, de una «lenta gestación», epígrafe que encubre un proceso relativamente complejo, pero perfectamente historiable. Claro, que así puede salvarse la neutralidad de la explicación propuesta sobre la aparición del nacionalismo. Una vez más, la referencia a una «crisis de modernización» permite eludir, con una apariencia «científico-social» o «estructural-funcional», el dificultoso planteamiento de la relación entre nacionalismo y revolución burguesa, que, además, presenta siempre un tufo marxista. Payne se cura en salud diciendo —lo que es cierto— que las diversas explicaciones sobre los nacionalismos contemporáneos resultan insuficientes, pero el hábil quiebro final que desde el conflicto de clases en la industrialización le lleva a buscar la raíz del nacionalismo en una capa intelectual (¿quién la integraba en el País Vasco de 1890? ¿Era sólo Arana?) equivale a dejar el problema sin respuesta y negarse a un planteamiento asentado en las relaciones de clase (industrialización acelerada, inmigración, formación de una gran burguesía integra-

da en el mercado nacional, implantación socialista en la base obrera, fenómenos de rechazo etnocéntrico y/o racista, crecimiento y frustración política de la pequeña burguesía) que no es ahora el momento de bosquejar, pero que saltan a la vista de cualquier lector de los textos precedentes del Bilbao en auge de la Restauración. Sin que ello, por supuesto, signifique negar el proceso de destrucción de la cultura y el idioma tradicionales.

El fenómeno nacionalista queda así falsamente relativizado hasta 1930, y cabe encauzar el juicio hacia la condena de los «maximalismos», siempre tan cara a los enfoques de Stanley Payne. Más pensando en el capítulo final sobre la posguerra, que en cierta medida constituye una sorpresa feliz, ya que la descripción impresionista de organizaciones y siglas se ve acompañada de una capacidad de discusión y formulación de hipótesis ausente en sectores cruciales del volumen, pero que sirve para esperar un nuevo giro en la trayectoria de Stanley Payne en cuanto olvide su inclinación de los últimos años a acometer, mediante la técnica del *salami*, los temas polémicos y rentables de la historia peninsular contemporánea. ■ ANTONIO ELORZA.

La respuesta de Althusser a Lewis

La aparición de una edición española de la *Réponse à John Lewis* (1) puede ser un buen momento para reflexionar sobre el aborrecimiento por la obra de Louis Althusser, que parece estar llegando a ser el único punto en común que mantienen pensadores marxistas de las tendencias más dispares. Desde su ex colaborador Jacques Rancière a Michel Maka-

rius, pasando por Ernest Mandel, parece existir una coincidencia en condenar a Althusser, coincidencia que resulta francamente sospechosa cuando se advierten las abismales diferencias que separan a Rancière de Makarius o a éste de Mandel.

Ciñéndonos a la *Réponse...*, parece posible formular una hipótesis que permita interpretar el sorprendente caso de un filósofo universalmente detestado. Como casi todo el mundo sabe, este pequeño folleto no es sino la réplica de Althusser a la exposición de su pensamiento que el filósofo inglés John Lewis llevó a cabo en los números de enero y febrero de 1972 de *Marxism Today*, bajo el título «El caso Althusser». Lewis es un filósofo «humanista», en ese sentido en que el «humanismo» constituye la bestia negra de Althusser. Ello explica que éste se haya permitido una respuesta, a todas luces excesiva, mientras que las críticas de Mandel, Geras, Glucksman o Schmidt permanecen rigurosamente incontestadas.

Althusser se complace, en las breves páginas de la *Réponse...*, en mostrar los aspectos idealistas del pensamiento de Lewis, señalando sus vinculaciones con la ideología burguesa y con el reformismo. El punto nodal del texto althusseriano es su afirmación de que la filosofía es, en última instancia, lucha de clases en la teoría. De esta tesis se deduce la necesidad de buscar las raíces (y consecuencias) políticas del humanismo, que Althusser liga al escamoteo (iniciado con el XX Congreso del PCUS) de la cuestión central del stalinismo.

Aquí brota el escándalo. En Francia (*L'homme et la société*, 31/32, 1974), Makarius afirma muy solemne que Althusser «suprime de la historia la dialéctica», «afirmación tanto más irrefutable cuanto más difícil es ponerse de acuerdo sobre su significado exacto. Por lo demás, un absoluto silencio sobre las posibles

(1) Louis Althusser, *Para una crítica de la práctica teórica (Respuesta a John Lewis)*, Madrid, Siglo XXI, 1974.